THE WHITE BOOK

HAN KANG

SHORT-LISTED FOR THE MAN BOOKER INTERNATIONAL PRIZE

BY THE AUTHOR OF *THE VEGETARIAN*

También por Han Kang

El vegetariano
Actos humanos

THE WHITE BOOK

HAN KANG

Translated from the Korean by Deborah Smith

HOGARTH
London / New York

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Copyright de la traducción al inglés © 2017 por Deborah Smith
Copyright © 2016 por Han Kang

Reservados todos los derechos.
Publicado en Estados Unidos por Hogarth, una editorial de Crown Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC, Nueva York.
hogarthbooks.com

HOGARTH es una marca comercial de Random House Group Limited y el colofón H es una marca comercial de Penguin Random House LLC.

Publicado originalmente en coreano como 흰 por Munhak Dongne, Seúl en 2016. Esta traducción fue publicada originalmente en Gran Bretaña por Portobello Books, Londres en 2017. Esta edición se publicó mediante acuerdo con Portobello Books.

Los datos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso están disponibles previa solicitud.

ISBN 9780525573067
Libro electrónico ISBN 9780525573081

Diseño de portada por Christopher Brand.
Fotografía de portada Douglas Seok

v5.3.2
Vie

Contenido

También por Han Kang
Página de título
Derechos de autor

1-yo
Puerta
Bandas para envolver
bata recién nacido
Pastel de arroz en forma de luna
Niebla
ciudad blanca
Ciertos objetos en la oscuridad.
La dirección de la luz.
leche materna
Ella
Vela

2 - ella
Escarcha
Helada
Alas
Puño
Nieve
Copos de nieve
nieve perpetua
Ola
Aguanieve

perro blanco
Ventisca
Cenizas
Sal
Luna
Visillo
nube de aliento
pájaros blancos
Pañuelo
vía Láctea
riendo blancamente
Yulan
Pequeñas pastillas blancas
terrones de azucar
Luces
Mil puntos de plata
reluciente
guijarro blanco
hueso blanco
Arena
Pelo blanco
Nubes
bombilla incandescente
noches blancas
isla de luz
Escritura negra a través de papel blanco.
Dispersión
a la quietud
Límite
Cañaveral
mariposa blanca
Espíritu
Arroz crudo y cocido

3 - Toda blancura

tus ojos
Sudario
Suerte
Como un montón de palabras esparcidas sobre papel blanco
túnicas de luto
Fumar
Silencio
Dientes inferiores
De despedida
toda blancura

1

나

En primavera, cuando decidí escribir sobre cosas blancas, lo primero que hice fue hacer una lista.

Bandas para envolver
bata recién nacido
Sal
Nieve
Hielo
Luna
Arroz
Ondas
Yulan
pájaro blanco
“Riendo blancamente”
papel en blanco
perro blanco
Pelo blanco
Sudario

Con cada elemento que escribía, una oleada de agitación me recorrió. Sentí que sí, que necesitaba escribir este libro y que el proceso de escribirlo sería transformador, se transformaría en algo así como un ungüento blanco aplicado a una hinchazón, como una gasa puesta sobre una herida. Algo que necesitaba.

Pero luego, unos días más tarde, repasando de nuevo esa lista, me pregunté qué significado podría tener esta tarea, escudriñar el corazón de estas palabras.

Si tamizo esas palabras a través de mí mismo, las frases se

estremecerán, como el extraño y triste chillido que el arco extrae de una cuerda de metal. ¿Podría permitirme esconderme entre estas frases, veladas con una gasa blanca?

Esto fue difícil de responder, así que dejé la lista como estaba y pospuse todo lo demás. Llegué al extranjero en agosto, a este país que nunca había visitado antes, conseguí un alquiler a corto plazo de un apartamento en su capital y aprendí a prolongar mis días en estos extraños entornos. Una noche, casi dos meses después, cuando el frío de la temporada apenas comenzaba a hacer efecto, me invadió una migraña brutalmente familiar. Tomé unas pastillas con agua tibia y me di cuenta (con bastante calma) de que esconderme sería imposible.

*

De vez en cuando, el paso del tiempo parece sumamente evidente. El dolor físico siempre agudiza la conciencia. Las migrañas que comenzaron cuando tenía doce o trece años me atacan sin previo aviso, trayendo consigo agonizantes calambres estomacales que detienen en seco la vida diaria. Incluso la tarea más pequeña queda suspendida mientras me concentro en simplemente soportar el dolor, sintiendo las discretas gotas del tiempo como piedras preciosas afiladas, rozando mis dedos. Una inspiración profunda y este nuevo momento de vida toma forma tan claramente como una gota de sangre. Incluso una vez que he regresado a la corriente, un día fusionándome perfectamente con otro, esa sensación permanece ahí en ese lugar, esperando, con la respiración contenida.

Cada momento es un salto hacia adelante desde el borde de un acantilado invisible, donde los agudos bordes del tiempo se renuevan constantemente. Levantamos el pie del suelo sólido de toda nuestra vida vivida hasta ahora y damos ese peligroso paso hacia el aire vacío. No porque podamos presumir de un coraje particular, sino porque no hay otra manera. Ahora, en este momento, siento que esa emoción

vertiginosa me recorre. Mientras entro imprudentemente en un tiempo que aún no he vivido, en este libro que aún no he escrito.

Puerta

Esto fue algo que sucedió hace mucho tiempo.

Antes de firmar el contrato de arrendamiento, fui a ver el apartamento nuevamente.

Su puerta de metal alguna vez fue blanca, pero ese brillo se había desvanecido con el tiempo. Era un desastre cuando lo vi, la pintura desprendiéndose en parches dejando al descubierto el óxido debajo. Y si eso hubiera sido todo, lo habría recordado como nada más que una puerta vieja y desaliñada. Pero también estaba la forma en que estaba escrito su número, 301.

Alguien (tal vez otro más en una larga fila de ocupantes temporales) había usado algún instrumento afilado, tal vez una broca, para grabar el número en la superficie de la puerta. Podía distinguir cada trazo individual: 3, de tres palmos de alto; 0, más pequeño, pero repasado varias veces, un garabato feroz que llamó la atención. Finalmente, 1, una línea larga, profundamente cortada, tensa por el esfuerzo de su elaboración. A lo largo de este conjunto de heridas rectas y curvas se había extendido el óxido, un vestigio de violencia, como manchas de sangre secas hacía mucho tiempo, endurecidas, de color negro rojizo. No tengo nada querido. Ni el lugar donde vivo, ni la puerta por la que paso todos los días, ni siquiera, maldita sea, mi vida. Esos números me miraban fijamente, apretando los dientes con fuerza.

Ése era el apartamento que quería ese invierno, el apartamento donde había elegido pasar mis días.

Tan pronto como desempaqué, compré una lata de pintura blanca y un pincel de buen tamaño. Ni la cocina ni el dormitorio habían sido empapelados y sus paredes estaban llenas de manchas grandes y pequeñas. Estas manchas oscuras eran especialmente llamativas alrededor de los interruptores eléctricos. Llevaba pantalones de chándal de color gris pálido y un viejo suéter blanco, para que las salpicaduras no se notaran demasiado. Incluso antes de empezar a pintar, no me preocupaba lograr un acabado limpio y uniforme. Sería suficiente, razoné, simplemente pintar sobre las manchas; ¿seguramente las manchas blancas son mejores que las sucias? Pasé mi pincel por las grandes manchas del techo por donde debió filtrarse la lluvia en algún momento, viendo cómo el gris desaparecía bajo el blanco. Limpié el sucio cuenco del fregadero con una toallita antes de pintarlo del mismo blanco brillante, sin importar que su pedestal fuera marrón.

Finalmente, salí al pasillo para pintar la puerta principal. Con cada movimiento del pincel sobre la superficie llena de cicatrices, se borraban sus imperfecciones. Esos números profundamente tallados desaparecieron, esas manchas de sangre oxidadas desaparecieron. Volví al interior del apartamento para tomar un descanso y calentarme, y cuando volví a salir una hora más tarde vi que la pintura se había corrido. Parecía desordenado, probablemente porque estaba usando una brocha en lugar de un rodillo. Después de pintar una capa extra sobre la parte superior para que las rayas fueran menos visibles, volví adentro a esperar. Pasó otra hora antes de que saliera en pantuflas. La nieve había comenzado a caer. Afuera, el callejón se había oscurecido; las farolas aún no estaban encendidas. Lata de pintura en una mano, pincel en la otra, permanecí inmóvil, testigo mudo del lento descenso de los copos de nieve, como cientos de plumas cayendo.

Bandas para envolver

Alrededor del recién nacido se enrollan fajas blancas como la nieve. El útero habrá estado tan ajustado, que la enfermera ata el cuerpo con fuerza para mitigar el shock de su abrupta proyección hacia lo ilimitado.

Persona que sólo ahora empieza a respirar, un primer llenado de los pulmones. Persona que no sabe quiénes son, dónde están, qué acaba de empezar. El más indefenso de todos los animales jóvenes, más indefenso incluso que un polluelo recién nacido.

La mujer, pálida por la pérdida de sangre, mira al niño que llora. Nerviosa, lo toma envuelto en pañales en sus brazos. Persona que aún desconoce la cura de este llanto. Que ha estado, hasta hace apenas unos momentos, en medio de una agonía tan asombrosa. Inesperadamente, el niño se tranquiliza. Será por algún olor. O que los dos todavía están conectados. Dos ojos negros que no ven están vueltos hacia el rostro de la mujer, atraídos en la dirección de su voz. Sin saber lo que se ha puesto en marcha, estos dos todavía están conectados. En un silencio atravesado por el olor a sangre. Cuando lo que hay entre dos cuerpos es el blanco de los pañales.

bata recién nacido

Me dijeron que el primer hijo de mi madre murió menos de dos horas después de haber nacido.

Me dijeron que era una niña, con una cara tan blanca como un pastel de arroz en forma de luna creciente. Aunque era muy pequeña, dos meses prematura, sus rasgos estaban claramente definidos. Nunca podré olvidarlo, me dijo mi madre en el momento en que abrió sus dos ojos negros y los volvió hacia mi cara.

En ese momento, mis padres vivían en una casa aislada, en el campo, cerca de la escuela primaria donde mi padre enseñaba. La fecha prevista de parto de mi madre aún estaba lejos, por lo que no estaba en absoluto preparada cuando, una mañana, rompió fuente. No había nadie alrededor. El único teléfono del pueblo estaba en una pequeña tienda junto a la parada de autobús, a veinte minutos de distancia. Mi padre no volvería del trabajo hasta dentro de seis horas.

Era principios de invierno, la primera helada del año. Mi madre, de veintidós años, entró gateando en la cocina y hirvió un poco de agua para esterilizar unas tijeras. Buscando en su costurero, encontró una tela blanca que serviría para un vestido de recién nacido. Atrapada por las contracciones y terriblemente asustada, aplicó la aguja mientras las lágrimas empezaban a caer. Terminó el diminuto vestido, encontró una fina colcha para usarla como pañales y apretó los dientes cuando el dolor volvió, cada vez más rápido e intenso.

Finalmente, ella dio a luz. Aún sola, cortó el cordón umbilical. Vistió el cuerpecito ensangrentado con el vestido que acababa de confeccionar y sostuvo en sus brazos al lloroso trozo. Por el amor de Dios, no mueras,

murmuró en voz baja, una y otra vez como un mantra. Después de una hora, los párpados bien cerrados del bebé se abrieron abruptamente. Cuando los ojos de mi madre se encontraron con los de su hijo, sus labios volvieron a torcerse. Por el amor de Dios, no mueras. Aproximadamente una hora después, el bebé estaba muerto. Se quedaron tirados en el suelo de la cocina, mi madre de lado con el bebé muerto apretado contra su pecho, sintiendo el frío penetrar poco a poco en la carne, hundiéndose hasta el hueso. No más llantos.

Pastel de arroz en forma de luna

La primavera pasada, alguien me preguntó si había tenido “una experiencia particular, cuando eras joven, que te acercó a la tristeza”. Para una entrevista radial.

Ante esa pregunta, fue esta muerte la que vino a mí. Era una historia que había escuchado mientras crecía. El más indefenso de todos los animales jóvenes. Un bebé muy bonito, blanco como un pastel de arroz con forma de luna. Cómo nací y crecí en el lugar de esa muerte.

“Blanco como un pastel de arroz en forma de luna” nunca tuvo mucho sentido hasta que, a los seis años, tuve edad suficiente para ayudar a hacer los pasteles de arroz para Chuseok, formando pequeñas lunas crecientes con la masa. Antes de ser cocidas al vapor, estas brillantes formas blancas de masa de arroz son algo tan hermoso que no parecen de este mundo. Sólo después, servidos en un plato con una guarnición de agujas de pino, se volvieron decepcionantemente prácticos. Brillando con aceite de sésamo tostado, su color y textura transformados por el calor y el vapor, eran sabrosos, por supuesto, pero completamente diferentes a su belleza anterior.

Entonces, cuando mi madre dijo "blanco como un pastel de arroz", me di cuenta de que se refería a un pastel de arroz antes de cocinarlo al vapor. Un rostro tan sorprendentemente prístino como ese. Estos pensamientos hicieron que mi pecho se oprimiera, como comprimido con un peso de hierro.

La primavera pasada, en el estudio de grabación, no mencioné nada de esto. En cambio, hablé de mi perro, que murió cuando yo tenía cinco

años. Era un perro excepcionalmente inteligente, dije, mestizo, pero descendía en parte de la famosa raza Jindo. Todavía tengo una foto en blanco y negro de nosotros dos, una toma sincera de un momento íntimo, pero, curiosamente, no puedo recordarlo vivo. Mi único recuerdo vívido es el de la mañana en que murió. Pelaje blanco, ojos negros, nariz aún húmeda. A partir de entonces desarrollé una aversión hacia los perros que persiste hasta el día de hoy. En lugar de estirar la mano para despeinar el suave pelaje, mi brazo permanece pegado a mi costado.

Niebla

¿Por qué viejos recuerdos constantemente salen a la superficie aquí en esta ciudad desconocida?

Cuando salgo a la calle, los fragmentos de conversación que aparecen cuando el hablante pasa rozandome, las palabras estampadas en los carteles de las calles y de las tiendas, son casi todos incomprensibles. A veces mi cuerpo se siente como una prisión, una isla sólida y cambiante que se abre paso entre la multitud. Una cámara sellada que contiene todos los recuerdos de la vida que he vivido y de la lengua materna de la que son inseparables. Cuanto más obstinado es el aislamiento, más vívidos son estos fragmentos inesperados, más opresivo es su peso. De modo que parece que el lugar al que huyo no es tanto una ciudad al otro lado del mundo sino más adentro de mi propio interior.

Es de madrugada y la ciudad está envuelta en niebla.

La frontera entre el cielo y la tierra ha sido borrada. La única vista que ofrece mi ventana es la sugerencia borrosa de dos álamos, contornos lavados con tinta que oscilan a cuatro o cinco metros de donde queda escondida la calle; todo lo demás es blanco. ¿Pero realmente podemos llamarlo blanco? Esa vasta y silenciosa ondulación entre este mundo y el siguiente, cada molécula de agua fría formada por una oscuridad negra y empapada.

Recuerdo una mañana en una isla hace mucho tiempo, cuando la niebla era tan espesa como ésta. Un paseo por un sendero de acantilados con los demás del grupo. Los pinos aparecen y desaparecen parpadeando.

Imponente acantilado ceniciento. Las nucas de mis compañeros, que parecían inquietantemente vacías y duras mientras miraban las aguas negras que se movían bajo la espesa niebla del mar. Pero qué escena más ordinaria mostró ese mismo camino cuando lo recorrí nuevamente la tarde siguiente. Lo que yo había imaginado como un pantano misterioso era un charco seco y lleno de polvo. Los pinos, que a simple vista parecían de otro mundo, estaban acordonados por un tramo de alambre de púas. El azul profundo del mar tenía el brillo de una postal turística. Todo estaba nuevamente dentro de sus propios límites, conteniendo la respiración. Conteniendo la respiración y esperando la próxima niebla.

¿Qué hacen los fantasmas de esta ciudad en estas apagadas primeras horas de la mañana?

¿Deslizarse silenciosamente para caminar a través de la niebla que ha estado conteniendo la respiración y esperando?

¿Se saludan a través de los espacios entre esas moléculas de agua que blanquean sus voces? ¿En alguna lengua materna propia, otra cuyo significado se me escapa? ¿O simplemente sacuden o asienten con la cabeza, sin necesidad de palabras?

ciudad blanca

Vi algunas imágenes de esta ciudad, tomadas por un avión militar estadounidense en la primavera de 1945. La película se proyectó en la sala de proyección del primer piso del salón conmemorativo, situado al este de la ciudad. Los subtítulos decían que durante un período de seis meses, a partir de octubre de 1944, el 95 por ciento de la ciudad fue destruida. Esta ciudad, cuyo pueblo se levantó contra los nazis, de la que fueron expulsados los soldados alemanes en septiembre de 1944 y donde se logró un mes de gobierno civil, de ahí la decisión de Hitler de utilizar todos los medios necesarios para barrerla de la existencia como ejemplo.
.

Cuando comenzó la película, la ciudad vista desde lo alto parecía como si estuviera cubierta de nieve. Una capa de nieve o hielo de color blanco grisáceo sobre la que se había depositado una ligera capa de hollín que la manchaba de manchas. El avión redujo su altitud y el rostro de la ciudad se agudizó. No lo cubría nieve ni hielo con rayas de hollín. Los edificios habían sido destrozados, literalmente pulverizados. Por encima del resplandor blanco de las ruinas de piedra se veían manchas ennegrecidas hasta donde alcanzaba la vista, mostrando dónde había tocado el fuego.

Mientras tomaba el autobús de regreso a mi departamento, me bajé en el parque, que según había oído albergaba un castillo muy antiguo. Después de un rato caminando por sus terrenos boscosos, me encontré con un antiguo edificio de hospital. Una fiel reconstrucción de un edificio destruido en un ataque aéreo en 1944, que ya no se utiliza como

hospital sino como galería de arte. Mientras recorría el estrecho sendero, abovedado por una masa de ramas de árboles entrelazadas, donde el agudo trino de los pájaros me recordaba a las alondras, se me ocurrió que todas esas cosas habían estado muertas en algún momento. Estos árboles y pájaros, caminos y calles, casas y tranvías, y toda esta gente.

En esta ciudad no hay nada que exista desde hace más de setenta años. Las fortalezas del casco antiguo, el espléndido palacio, la villa junto al lago en las afueras donde una vez veraneaba la realeza, todo es falso. Son cosas nuevas, minuciosamente reconstruidas a base de fotografías, cuadros, mapas. Cuando ha sobrevivido un pilar o quizás la parte inferior de un muro, se ha incorporado a la nueva estructura. Los límites que separan lo viejo de lo nuevo, las costuras que atestiguan la destrucción, están notoriamente expuestas.

Fue ese día, mientras caminaba por el parque, que me vino a la mente por primera vez.

Una persona que había corrido el mismo destino que esa ciudad. Quien en algún momento había muerto o había sido destruido. Que se habían reconstruido laboriosamente sobre unos cimientos de ruinas arrasadas por el fuego. Quien era por tanto algo nuevo. Quien, habiendo sobrevivido algún frontón roto, ha acabado portando un patrón extraño, lo nuevo distinto de lo viejo.

Ciertos objetos en la oscuridad.

Ciertos objetos aparecen blancos en la oscuridad.

Cuando la oscuridad está imbuida incluso de la luz más tenue, incluso las cosas que de otro modo no serían blancas brillan con una palidez nebulosa.

Por la noche, preparo el sofá cama que hay en un rincón del salón y me acuesto bajo esa luz tenue. En lugar de intentar dormir, espero, siento que mis sentidos se sintonizan con el paso del tiempo. Los árboles fuera de la ventana proyectan siluetas sobre la pared de yeso blanco. Pienso en la persona que se parece a esta ciudad, reflexionando sobre el aspecto de su rostro. Esperando que sus contornos se fusionen, para poder leer la expresión que contiene.

La dirección de la luz.

Leí un relato de un hombre nacido en esta ciudad, en el que afirmaba haber vivido desde que tiene uso de razón con el alma de su hermano mayor, que había muerto a la edad de seis años en el gueto judío. La voz del niño le llegaba de vez en cuando, dijo, sin forma ni textura. Además, el idioma le era extraño, ya que había sido adoptado por una pareja belga y había crecido en ese país, por lo que al principio no había podido distinguir que el que hablaba era su hermano. Sólo podría ser un sueño despierto, pensó, en el que todo está condenado a repetirse, o bien un síntoma de trastorno. Cuando, a la edad de dieciocho años, finalmente conoció la historia de su familia, comenzó a estudiar el idioma de este país, para comprender lo que esta alma intentaba decirle. Y así se enteró del miedo de su hermano, tanto el mayor como el menor. Que estaba gritando las mismas palabras aterrorizadas, ahogadas cuando los soldados vinieron a arrestarlo.

*

Dormí mal durante varios días después de leer esto, sin poder evitar que mis pensamientos se dirigieran a los momentos finales de aquel niño de seis años, que finalmente habría sido asesinado. En las primeras horas de una de esas noches inquietas, cuando la agitación dentro de mí finalmente se había calmado, se me ocurrió que si yo también hubiera recibido la visita similar del primer hijo de mi madre, que había vivido sólo dos horas, no me habría dado cuenta por completo. . Porque la niña

nunca había aprendido ningún idioma. Durante una hora mantuvo los ojos abiertos, los mantuvo en dirección al rostro de nuestra madre, pero sus nervios ópticos nunca tuvieron tiempo de despertarse y por eso ese rostro permaneció fuera de su alcance. Para ella, sólo habría habido una voz. No mueras. Por el amor de Dios, no mueras. Palabras ininteligibles, las únicas palabras que jamás escucharía.

Por eso no puedo confirmar ni negar que hay momentos en que ella me ha buscado, rondando por mi frente o por el rabillo de mis ojos. Que alguna sensación vaga que había experimentado cuando era niña, algún movimiento de emoción aparentemente espontánea, podría, sin que yo lo supiera, haber venido de ella. Porque hay momentos, acostado en la habitación a oscuras, en que el frío en el aire es una presencia palpable. No mueras. Por el amor de Dios, no mueras. Volcado hacia sonidos indescifrables cargados de amor y angustia. Hacia una palidez borrosa y calor corporal. Quizás yo también abrí los ojos en la oscuridad, como ella, y miré hacia afuera.

leche materna

La mujer de veintidós años yace sola en la casa. El sábado por la mañana, con las primeras heladas aún adheridas a la hierba, su marido, de veinticinco años, sube a la montaña con una pala para enterrar al bebé que nació ayer. Los ojos hinchados de la mujer no se abren correctamente. Las diversas bisagras de su cuerpo duelen, los nudillos hinchados duelen. Y entonces, por primera vez, siente que el calor inunda su pecho. Se sienta y se aprieta el pecho con torpeza. Primero un chorrito acuoso y amarillento, luego una suave leche blanca.

Ella

Pienso en ella viviendo para beber esa leche.

Pienso en una respiración obstinada, en pequeños labios murmurando contra el pezón.

Pienso en ella cuando fue destetada y luego criada con gachas de arroz, creciendo, convirtiéndose en mujer, superando cada crisis.

Pienso en la muerte cada vez desviada, de espaldas mientras avanza con firmeza.

No mueras. Por el amor de Dios, no mueras.

Por esas palabras tejidas en ella, un amuleto en su cuerpo.

Y pienso en ella viniendo aquí en lugar de mí.

A esta ciudad curiosamente familiar, cuya muerte y vida se parecen a las suyas.

Vela

Tal como la he imaginado, camina por las calles de esta ciudad. En un cruce, ve un trozo de pared de ladrillo rojo. En el proceso de reconstrucción de otro edificio destrozado, el muro había sido derribado y reconstruido un metro por delante de su posición original, junto con un epitafio bajo que explicaba que el ejército alemán lo utilizaba para alinear a los civiles y dispararles. Alguien ha puesto delante un jarrón con flores y varias velas blancas están coronadas por llamas vacilantes.

Coronas de niebla todavía envuelven la ciudad, menos espesas que a primera hora de la mañana, traslúcidas como papel de calco. Si se levantara un fuerte viento y limpiara la niebla, las ruinas de hace setenta años podrían revelarse sobresaltadas, emergiendo de detrás de las reconstrucciones actuales. Los fantasmas que estaban reunidos allí, muy cerca de ella, podían pararse contra la pared donde fueron masacrados, con los ojos ardiendo.

Pero no hay viento y nada se revela más allá de lo ya aparente. La cálida cera blanca de la vela se desliza cada vez más hacia abajo. Alimentándose de las llamas de las mechas blancas, estos trozos se hunden cada vez más hasta desaparecer.

Ahora te daré cosas blancas,

Lo que es blanco, aunque todavía pueda estar mancillado;
Sólo daré cosas blancas.

Ya no preguntaré

Si debería darte esta vida.

2

SHE

그
녀

Escarcha

La ventana no está del todo nivelada en su marco, lo que permite que se forme escarcha en el vidrio. Pleno invierno. Ese patrón de color blanco helado recordaba el hielo que se forma en la superficie de un arroyo. El escritor Park T'ae-won dijo que precisamente esa ventana había llamado su atención cuando nació su primera hija, de ahí el nombre que acuñó para ella: Seol-yeong. Flor de nieve.

Una vez había visto el mar congelado. Una extensión de agua inusualmente poco profunda, agravada por una corriente fría, había formado filas apretadas de olas heladas, como capa tras capa de deslumbrantes flores blancas capturadas en el momento de desplegarse. Vio peces congelados esparcidos sobre la orilla arenosa, con el duro brillo de sus escamas. En esos días, la gente de esa región dice que "el mar está cubierto de escarcha".

Helada

El día en que nació fue más helado que nevado, pero su padre eligió seol, nieve, como uno de los caracteres del nombre de su hija. Al crecer, era inusualmente sensible al frío y le molestaba el frío incrustado en su nombre.

Pero le gustaba pisar el suelo cubierto de escarcha y sentir la tierra semicongelada a través de las suelas de sus zapatillas. La primera helada, aún no pisada, tiene finos cristales de sal pura. Los rayos del sol palidecen ligeramente a medida que comienza a formarse la escarcha. Nubes blancas de aliento brotan de bocas cálidas. Los árboles se desprenden de sus hojas, aligerando progresivamente su carga. Los objetos sólidos como piedras o edificios parecen sutilmente más densos. Vistos desde atrás, hombres y mujeres envueltos en gruesos abrigos están saturados de un presentimiento mudo, el de gente que empieza a sufrir.

Alas

Fue en las afueras de esta ciudad donde vio la mariposa. Una sola mariposa blanca, con las alas plegadas sobre un cañaveral, una mañana de noviembre. No se habían visto mariposas desde el verano; ¿Dónde podría haberse escondido éste? La temperatura del aire había caído en picado la semana anterior, y tal vez debido a que sus alas se congelaban con frecuencia, el color blanco se había ido de ellas, dejando algunas partes casi transparentes. Tan claros que brillan con el reflejo de la tierra negra. Sólo hace falta un poco de tiempo y la blancura abandonará esas alas por completo. Se convertirán en otra cosa, ya no en alas, y la mariposa será algo que ya no es mariposa.

Puño

Caminando por las calles de esta ciudad hasta que sus pantorrillas se endurecieron, esperó. Que algo de su lengua materna, frases o incluso meros fragmentos de palabras, surja rápidamente hasta la punta de su lengua. Pensó que tal vez podría escribir sobre la nieve. En esta ciudad, donde dicen que nieva la mitad del año.

Mantuvo una tenaz vigilancia ante la llegada del invierno. Estudió los escaparates, los reflejos que allí se mostraban aún no desdibujados por las rayas de nieve. Las cabezas de otros que pasaban por las calles, aún sin polvo. Esas formas inclinadas, que aún no son copos de nieve, apenas rozan las frentes de los extraños. Sus propios puños fríos, que apretó hasta dejarlos blancos.

Nieve

Sobre el fondo de la manga de un abrigo negro, un gran copo de nieve revelará sus cristales incluso a simple vista. Un par de segundos escasos y ella ha sido testigo de todo. Misteriosos hexágonos se están derritiendo.

Cuando empieza a caer, la gente deja de hacer lo que está haciendo y centra su atención en la nieve. En un autobús, levantan los ojos del regazo y miran por la ventanilla durante un rato. Una vez que la nieve se ha esparcido silenciosamente, con igual ausencia de alegría o tristeza, y la calle se ha borrado por completo, la gente vuelve la cara y las rayas borrosas ya no se reflejan en sus ojos.

Copos de nieve

Una noche, hacía mucho tiempo, había visto a un hombre tendido al pie de un poste de telégrafo. Estaba desplomado de costado. ¿Se había caído? ¿Estaba borracho? ¿Debería llamar a una ambulancia? Mientras ella vacilaba, incapaz de alejarse de la escena pero recelosa de acercarse, el hombre se levantó hasta la mitad y centró su mirada vacía en ella. Ella se estremeció, sorprendida; Aunque no parecía haber ninguna amenaza inmediata de violencia, el callejón estaba desierto. Siguió caminando con pasos apresurados y luego se volvió para mirar atrás. El hombre estaba en cuclillas sobre el frío pavimento, todavía en la misma posición incómoda, mirando fijamente la sucia pared blanca que se extendía a lo largo del lado opuesto del callejón.

el que había naufragado en un callejón, el que se había levantado
    con manos entumecidas por el frío,
pensando en lo que ha sido su vida,
de la soledad que le espera en casa,
pensando qué es esto, qué diablos es esto
maldito blanco sucio

nieve que cae.

Escasos copos vuelan en todas direcciones.
En el aire negro donde las farolas no se tocan.
Giraba sobre las ramas negras de los árboles sin palabras.
Rozando las cabezas inclinadas que caminan penosamente por la

noche.

nieve perpetua

Había considerado vivir en algún lugar donde hubiera nieve perpetua. Donde los cuerpos de árboles agrupados cerca de su ventana marcarían cada cambio de estación contra el telón de fondo inmutable, a lo lejos, de montañas permanentemente cubiertas de hielo. Fría como las manos en su frente febril cuando yacía en casa en un día escolar.

Aquí se hizo una película en blanco y negro en 1980, en la que el protagonista perdió a su padre cuando tenía siete años y fue criado por su tranquila y amable madre. (Su padre tenía sólo veintinueve años cuando sufrió el desastre mientras escalaba el Himalaya con un grupo de amigos. Su cuerpo nunca fue encontrado.) El hijo se mudó de la casa de su madre tan pronto como tuvo edad suficiente y vivió en un código de ética increíblemente estricto. Cada vez que tenía que tomar una decisión, veía en su mente un paisaje opresivo: nieve fresca cayendo sobre el Himalaya cubierto de hielo, como una niebla dentro de su cabeza. Cada vez, tomó la decisión que le resultaba más difícil, la elección que muchos otros habrían acobardado. En un período en el que la corrupción era generalizada, él fue el único que se negó a aceptar sobornos y por ello fue condenado al ostracismo e incluso atacado físicamente. Al final cayó en una trampa, lo expulsaron de su lugar de trabajo y regresó solo a casa. Allí, permitiéndose perderse en sus pensamientos, los picos y barrancos de esa lejana cadena montañosa llenaron su campo de visión. El mismo lugar al que no podía ir. La tierra de hielo, en la que estaba escondido el cuerpo helado de su padre, donde a los humanos no se les permitía pisar.

Ola

A lo lejos, la superficie del agua se eleva. El mar invernal se acerca cada vez más. La ola alcanza su mayor altura posible y se rompe en una nube blanca. El agua destrozada se desliza hacia la orilla arenosa.

De pie en esta frontera donde se encuentran la tierra y el agua, observando el aparentemente interminable retorno de las olas (aunque esta eternidad es en realidad una ilusión: la tierra algún día desaparecerá, todo desaparecerá un día), el hecho de que nuestras vidas no son más que breves instantes se siente con inequívoca claridad.

Cada ola se vuelve deslumbrantemente blanca en el momento de romperse. Más lejos, la tranquila masa de agua brilla como las escamas de innumerables peces. El brillo de las multitudes está ahí. El movimiento, la agitación y el sacudimiento de multitudes. Nada es eterno.

Aguanieve

No hay ninguno de nosotros a quien la vida considere con parcialidad. El aguanieve cae mientras camina por estas calles, manteniendo este conocimiento en su interior. Aguanieve que deja las mejillas y las cejas cargadas de humedad. Todo pasa. Lleva este recuerdo (el conocimiento de que todo a lo que se ha aferrado se le caerá y se desvanecerá) a través de las calles donde cae el aguanieve, que no es lluvia ni nieve, ni hielo ni agua, que le humedece las cejas y le chorrea. frente ya sea que se quede quieta o se apresure, cierre los ojos o los abra.

perro blanco

¿Qué es un perro que es perro pero no ladra?

Era una niña cuando escuchó este acertijo por primera vez. Ahora no recuerda cuándo ni de quién.

El verano, cuando tenía veinticuatro años, cuando dejó su primer trabajo y regresó a la casa en la que había crecido, vio un perro blanco en el jardín de los vecinos. Anteriormente, este había sido el hogar de un feroz Tosa, originalmente criado como perro de pelea. Solía correr hacia adelante, estirando la cuerda lo más tensa que podía y chasqueando las mandíbulas. Todo lo que necesitaba era que la cuerda alrededor de su cuello se aflojara o se rompiera para volar hacia ti y hundir sus dientes en tu carne. Aunque sabía que el perro estaba atado, se mantenía lo más lejos posible de él cada vez que tenía que pasar la puerta, intimidada por su crueldad.

Encadenado ahora en el lugar de Tosa había un mestizo con quizás una leve cepa de sangre Jindo. Su cuerpo estaba salpicado de parches de carne desnuda, monedas de color rosa pálido en medio del blanco opaco de su pelaje. Este perro no ladró ni gruñó. Cuando vio su mirada por primera vez, retrocedió, sobresaltado, y la cadena alrededor de su cuello chirrió sobre el suelo de cemento. Era agosto y el sol abrasador era implacable. Quizás a causa del bochornoso calor, la carretera que atravesaba el pueblo estaba desierta. El silencio sólo era roto por el áspero chirrido de la cadena cada vez que el perro retrocedía. Al menor movimiento, se sobresaltó de nuevo, se presionó aún más contra el suelo y retrocedió arrastrando la cadena sobre el cemento. Manteniendo sus

ojos fijos en ella todo el tiempo. Terror. Fue terror lo que leyó en esos dos ojos negros.

Esa noche preguntó por el perro. "Ni siquiera ladra si ve a un extraño", dijo su madre, "sólo se encoge de miedo y tiembla, por lo que el dueño está pensando en venderlo nuevamente. ¿Y si viniera un ladrón?

El perro nunca le perdió el miedo. Incluso en su último día en casa, cuando había tenido una semana completa para acostumbrarse a ella, se encogió cerca del suelo y se sacudió hacia atrás tan pronto como ella apareció fuera de la puerta. Giró la cabeza contra el flanco como si algo estuviera presionando contra su tráquea. Aunque tenía la lengua colgando entre los dientes, no se oía ningún jadeo. El único sonido que se podía decir que producía el perro era el chirrido sordo de la cadena contra el cemento. Incluso la visión de su madre, un rostro familiar desde hacía varios meses, provocaría la misma reacción de sorpresa. Bien, ahora está bien. Su voz era suave y tranquilizadora mientras caminaba sin prisas. Pobre desgraciado, murmuró chasqueando la lengua, debe haber sufrido mucho.

¿Un perro que es perro pero no ladra?

La mediocre respuesta al enigma es la niebla.

Y para ella, el nombre del perro se convirtió en Fog. Un perro blanco grande que no ladra. Un perro que tenía un parecido físico con su mascota de la infancia, ahora un recuerdo confuso del pasado lejano.

Ese invierno, cuando volvió a bajar a la casa de su familia, no había Niebla. En cambio, fue recibida por un bulldog marrón achaparrado que gruñó con gran entusiasmo.

¿Qué pasó con ese otro perro?

Su madre negó con la cabeza.

El propietario lo tuvo a la venta durante todo el verano, pero no se atrevía a desprenderse de él; luego, cuando llegó la helada y la temperatura bajó repentinamente, murió. Se enfermó y dejó de tocar su comida, simplemente se quedó tumbado boca abajo... y en todo el

tiempo no emitió ni un solo sonido.

Ventisca

Hace unos años hubo un aviso de fuertes nevadas. Seúl estaba bajo una tormenta de nieve mientras caminaba sola por un sendero de colina. Su paraguas resultó casi inútil para protegerse de la nieve. Siguió caminando, mientras copos blancos giraban gruesos y rápidos alrededor de su cara y su cuerpo. Incapaz de comprender qué diablos podría ser, esta cosa tan fría, tan hostil. Esta fragilidad que se desvanece, este peso opresivo de la belleza.

Cenizas

Ese invierno, ella y su hermano menor hicieron un viaje de seis horas hasta una playa en la costa sur. La caja que contenía los huesos pulverizados de su madre la guardaron en un osario; el pequeño templo cercano con vista al mar lejano albergaría el alma de la mujer. Los monjes cantaban su nombre con sus sutras en las primeras horas de cada mañana. En el cumpleaños de Buda se encendía una linterna de papel en su memoria.

Con esas voces, esas luces al alcance de la mano, las cenizas de nuestra madre yacerían en una calma inmutable dentro de un cajón de piedra sellado.

Sal

Un día tomó un puñado de sal gruesa y lo examinó detenidamente. Esos cristales tenían una belleza fría, su blanco estaba teñido de gris. Por primera vez, tuvo una sensación real del poder que yacía dentro de este material: el poder de preservar, el poder de esterilizar y curar.

Hubo un tiempo antes en el que ella estaba preparando la comida y recogió sal con la mano herida. Si dejar que el cuchillo se deslizara fue el primer error, cometido porque tenía poco tiempo, permitir que la sal tocara el corte sin vendar fue el segundo, y el peor. Fue entonces cuando aprendió cómo se sentía realmente la expresión "echar sal en la herida".

Tiempo después, vio una fotografía de una instalación en la que se había construido una colina de sal, sobre la que se invitaba a los visitantes a descansar los pies descalzos. Después de sentarte en la silla que habían puesto allí para tal fin y quitarte los zapatos y los calcetines, pusiste ambos pies sobre la sal y podías sentarte así todo el tiempo que quisieras. La fotografía mostraba un espacio de exposición oscuro, con el único punto de luz temblorosa siendo la cima de la colina de sal, que era un poco más alta que la altura de una persona. La visitante de la exposición, cuyo rostro estaba en sombras, estaba sentada en la silla con los pies descalzos apoyados en la pendiente de sal. Quizás porque había estado así durante mucho tiempo, la colina de sal blanca y el cuerpo de la mujer parecían haberse fusionado, de forma natural y dolorosa.

Para ello, pensó mientras estudiaba la fotografía, habría que tener los pies sin heridas ni cicatrices. Sólo si mis pies estuvieran completamente curados podría apoyarlos en esa montaña de sal. Donde la sombra conserva cierta frialdad, por muy blanca que brille.

Luna

Cuando las nubes nadan frente a la luna y oscurecen su luz por completo, esas mismas nubes instantáneamente brillan blancas y frías. Cuando las nubes negras se mezclan con las blancas, se forma un delicado claroscuro. Detrás de ese patrón de oscuridad moteada, se oculta la luna pálida, envuelta en una luz cenicienta, lila o azul pálida, plena o dividida en dos, o una forma aún más delgada, menguante hasta convertirse en una sola astilla.

Cada vez que miraba la luna de mitad de mes, veía el rostro de una persona. Desde muy pequeña todas las explicaciones de los mayores habían caído en oídos sordos: nunca lograba distinguir las formas que le decían que estaban allí, la pareja de conejos y el mortero en el que machacaban el arroz. Eran evidentes dos ojos, aparentemente perdidos en sus pensamientos, por encima de la sombra de una nariz.

En las noches en que la luna es inusualmente grande, puede dejar las cortinas abiertas y dejar que su luz inunde cada centímetro de su apartamento. Entonces puede caminar de arriba a abajo. En la luz que se filtra desde un enorme rostro blanco y pensativo, la oscuridad brota de dos ojos negros.

Visillo

¿Es debido a una blancura ondulante dentro de nosotros, inmaculada, inviolada, que nuestros encuentros con objetos tan prístinos nunca dejan de dejarnos conmovidos? Su paso por las calles heladas la lleva al edificio, donde su mirada se eleva al segundo piso. A la endeble cortina de encaje que cuelga allí.

Hay ocasiones en las que el blanco fresco de la ropa de cama recién lavada parece hablar. Cuando esa tela de puro algodón roza su carne desnuda, justo allí, parece decirle algo. Eres una persona noble. Tu sueño es limpio y el hecho de vivir no es nada de qué avergonzarte. Tal es el extraño consuelo que recibe, en ese momento intermedio en el que el sueño roza la vigilia, cuando esa sábana de algodón crujiente roza su piel.

nube de aliento

En las mañanas frías, esa primera nube blanca que se escapa del aliento es la prueba de que estamos viviendo. Prueba del calor de nuestros cuerpos. El aire frío entra rápidamente en los pulmones oscuros, absorbe el calor de nuestro cuerpo y es exhalado en forma perceptible, de color blanco salpicado de gris. La milagrosa difusión de nuestras vidas en el aire vacío.

pájaros blancos

Una congregación de gaviotas blancas en la costa invernal. ¿Alrededor de veinte, tal vez? Los pájaros estaban sentados de cara al mar, donde el sol se deslizaba hacia el horizonte. Como si observaran una especie de ceremonia silenciosa, manteniéndose perfectamente inmóviles en el frío bajo cero mientras presenciaban el declive del día. Dejó de caminar y dejó que su mirada siguiera la de ellos, hacia esa pálida fuente de luz que estaba a punto de teñirse de carmesí. Aunque el frío era tan severo que parecía hundirle los dientes hasta los huesos, sabía que era precisamente el calor de esa luz lo que impedía que su cuerpo se congelara.

Una grúa a la orilla del agua, un día de verano en Seúl. Totalmente blanco salvo por sus patas de color rojo brillante. El pájaro estaba saliendo del agua y subiendo a una roca ancha y lisa. ¿Era consciente de su mirada? Tal vez. ¿Y también que no pretendía hacer daño? De ahí su expresión impasible mientras miraba hacia la orilla opuesta, dejando que los rayos del sol secaran sus pies rojos.

¿Por qué los pájaros blancos la mueven de una manera que otros pájaros no lo hacen? Ella no lo sabe. ¿Por qué parecen tan especialmente graciosos, a veces casi sagrados? De vez en cuando sueña con un pájaro blanco que se aleja volando. En el sueño, el pájaro blanco está muy cerca, tan cerca que parece que podría extender la mano y agarrarlo mientras vuela hacia adelante, batiendo sus alas en absoluto silencio, mientras la luz del sol refleja sus plumas. Vuela muy lejos y, sin embargo,

de alguna manera, nunca más allá del alcance de su mirada. Deslizándose por el aire, eternamente inextinguible. Sus deslumbrantes alas se desplegaron a los lados.

¿Qué debería pensar ella del pájaro blanco que se posó brevemente sobre su cabeza y luego volvió a volar, aquí en esta ciudad? Estaba de camino a casa, preocupada por algo, caminando penosamente por el parque y a lo largo de la orilla del arroyo. Algo descendió en picado y posó su enorme yo en la coronilla de su cabeza. Después de extender ambas alas para que envolvieran los lados de su cara como un toca, las puntas de sus plumas casi rozaban sus mejillas, se elevó y voló hacia el techo de un edificio cercano, como si no hubiera tenido nada que ver con ella en ese momento. todo.

Pañuelo

Lo vio una tarde de finales de verano, mientras pasaba por un edificio de viviendas apartado. Una mujer en el segundo piso estaba colgando su ropa sobre la barandilla del balcón cuando un puñado de prendas se le escaparon de las manos. Un único pañuelo cayó, más lentamente que todos, hasta finalmente caer al suelo. Como un pájaro con las alas medio plegadas. Como un alma que sondea tentativamente un lugar donde podría posarse.

vía Láctea

Una vez que llegó el invierno, casi todos los días en esta ciudad estaban nublados y ya no podía ver las estrellas en el cielo nocturno. La temperatura del aire descendió por debajo de cero grados y comenzó un patrón en el que días de lluvia continua se alternaban con días de nieve. La baja presión del aire le provocaba frecuentes dolores de cabeza. Los pájaros se pegaban al suelo mientras volaban. El sol empezó a ponerse alrededor de las tres de la tarde y a las cuatro ya estaba completamente oscuro.

Mientras caminaba, levantando los ojos hacia el cielo de la tarde, un cielo negro que su tierra natal sólo conocía de noche, su mente se centraba en pensamientos de nebulosas. A las miles de estrellas como granos de sal cuya luz había llegado hasta ella, aquellas noches en la casa rural de sus padres. Una luz limpia y fría que había bañado sus ojos, borrando de su mente todo recuerdo.

riendo blancamente

La expresión “risa blanca” (probablemente) existe sólo en su lengua materna. Risa débil, triste, cuya limpieza se rompe fácilmente. Y el rostro que lo forma.

"Te reíste pálidamente, ¿sabes?"

En este caso, “tú” serías (probablemente) alguien que logró forzar una risa, soportando en silencio alguna lucha interna.

"Se rió pálidamente".

Aquí, “él” sería (probablemente) alguien que lucha por separarse de algo dentro de sí mismo.

Yulan

Dos de sus compañeros de universidad murieron en una sucesión relativamente rápida, uno a la edad de veinticuatro años y el otro a los veintitrés. El primero en un accidente de autobús, el segundo durante su servicio militar. Unos meses después de este segundo accidente, a principios de la primavera, antiguos alumnos de la misma promoción se reunieron para comprar dos árboles jóvenes de yulan, que plantaron en la colina de los terrenos de la universidad, con vistas al aula donde los dos estudiantes habían estudiado literatura juntos.

Algunos años más tarde, mientras caminaba bajo aquellos árboles flotantes que hablaban de vida (rejuvenecimiento, revivificación), se preguntaba: ¿Qué nos hizo elegir Yulan? ¿Porque las flores blancas tienen que ver con la vida? ¿O con la muerte? Había leído en alguna parte que las palabras "blanco" y "blanco", "negro" e incluso "llama", literalmente "flor de fuego" en coreano, tienen todas la misma raíz en las lenguas indoeuropeas. Flores blancas de fuego, ardiendo en la oscuridad circundante: el breve florecimiento de dos yulans en marzo.

Pequeñas pastillas blancas

De vez en cuando se pregunta, y no por autocompasión, sino con una curiosidad distante, casi ociosa: si pudieras sumar todas las pastillas que ha tomado alguna vez, ¿cuál sería el total? ¿Cuántas horas de dolor ha vivido? Como si la vida misma quisiera impedir su progreso, se quedó corta una y otra vez. Como si la fuerza que le impide avanzar hacia la luz estuviera siempre lista dentro de su propio cuerpo. Todas esas horas en las que se había perdido, entre vacilaciones y dudas. ¿Cuantos habria? ¿Cuántas pastillas blancas pequeñas?

terrones de azucar

Ella tenía entonces unos diez años. Su primera salida a una cafetería, acompañada de su tía, fue también la primera vez que vio terrones de azúcar. Aquellos cuadrados envueltos en papel blanco poseían una perfección casi infalible, seguramente demasiado perfecta para ella. Quitó el papel con cuidado y pasó un dedo por esa superficie granular. Desmenuzó una esquina, se la llevó a la lengua, mordisqueó esa vertiginosa dulzura y finalmente la colocó en un vaso de agua y suspiró mientras veía cómo se derretía.

Ya no le gustan mucho las cosas dulces, pero la vista de un plato con terrones de azúcar envueltos todavía evoca la sensación de presenciar algo precioso. Hay ciertos recuerdos que permanecen intactos ante los estragos del tiempo. Y a los del sufrimiento. No es cierto que todo esté teñido por el tiempo y el sufrimiento. No es cierto que lo arruinen todo.

Luces

En esta ciudad de inviernos severos, una noche de diciembre se desarrolla a su alrededor. La oscuridad fuera de la ventana no tiene luna que la suavice. En el pequeño taller situado en la parte trasera del edificio, presumiblemente como medida de seguridad, una docena de luces eléctricas permanecen encendidas durante toda la noche. Ella mira los parches de iluminación, dispersos y aislados en medio de la oscuridad. Desde que llegó a este lugar, o no, de hecho antes, su sueño ha sido disperso y superficial. Incluso si se desmayaba por un tiempo, se levantaría y encontraría el mundo tan oscuro como antes. Si, por algún golpe de suerte, pudiera lograr dormir más tiempo, el tinte azul de un lento amanecer se filtraría constantemente desde dentro de la oscuridad. Sin embargo, esas luces seguirán siendo blancas como siempre, en la claridad de su quietud, en su aislamiento.

Mil puntos de plata

En una noche así, sin la menor razón, el mar se agita.

El barco es tan pequeño que incluso la más mínima ola lo hace cabecear y virar violentamente. Con ocho años y miedo, se agacha en el fondo del barco, con los hombros encorvados. En ese momento, mil puntas de plata llegan desde el mar lejano y pasan por debajo del casco. En un instante olvida su miedo y contempla con los ojos muy abiertos el movimiento turbulento de esa inmensidad resplandeciente.

Un banco de anchoas, dice su tío riendo. Había estado sentado en la popa todo el tiempo, sin apenas pestañear. Una mata enredada de pelo rizado sobre un rostro moreno. Nunca llegó a los cuarenta: su adicción al alcohol lo arrastraría en dos años.

reluciente

¿Qué tienen los minerales que brillan, como la plata, el oro o los diamantes, que hace que la gente los considere nobles? Una teoría lo atribuye al hecho de que, para el hombre primitivo, el brillo del agua indicaba vida. El agua brillante significaba agua limpia. Sólo el agua que es potable, que da vida, es transparente. Cada vez que, después de caminar por desiertos, bosques y pantanos fétidos, un grupo lograba discernir una masa de agua que brillaba de color blanco en la distancia, se habría sentido lacerado por la felicidad. Que hubiera sido la vida. Lo cual hubiera sido belleza.

guijarro blanco

Hace mucho tiempo encontró un guijarro blanco en una playa. Se sacudió la arena y la guardó en su bolsillo, luego la guardó en un cajón de su casa. Un guijarro desgastado, liso y redondo por la larga caricia de las olas. Para ella, su blancura parecía casi transparente, pero cuando intentó mirar dentro descubrió que se había equivocado. (De hecho, era un guijarro blanco perfectamente normal y corriente.) De vez en cuando lo sacaba y lo colocaba en la palma de su mano. Si el silencio pudiera condensarse en el objeto más pequeño y sólido, así se sentiría, pensó.

hueso blanco

Una vez le hicieron una radiografía para tratar de determinar la causa del dolor que la aquejaba. El esqueleto en el rayo Roentgen, huesos de color blanco grisáceo en un mar de bronce. La sorprendió verlo así: algo con la sólida materialidad de la piedra, firme dentro del cuerpo humano.

Mucho antes de eso, alrededor de la pubertad, había quedado fascinada por los nombres de los distintos huesos. Tobillo y hueso de la rodilla. Clavícula y costilla. Esternón y clavícula, otro nombre para la clavícula. Que los seres humanos también estén hechos de algo más que carne y músculos le parecía un extraño golpe de suerte.

Arena

Y ella frecuentemente olvidaba,
Que su cuerpo (todos nuestros cuerpos) es una casa de arena.
Que se había hecho añicos y se hace añicos todavía.
Deslizándose obstinadamente entre los dedos.

Pelo blanco

Recuerda a uno de sus jefes, un hombre de mediana edad que solía decir que añoraba volver a ver a su ex amante en la vejez, cuando su cabello fuera blanco como una pluma. Cuando seamos muy viejos... cuando cada mechón de nuestro cabello se haya vuelto blanco, entonces quiero verla, absolutamente.

Si hubiera un momento en el que quisiera volver a verla, sin duda sería entonces.

Cuando tanto la juventud como la carne habrían desaparecido.

Cuando ya no quedaría tiempo para el deseo.

Cuando sólo quedaría una cosa por hacer una vez terminada aquella reunión: separarse. Separarse de sus propios cuerpos y, por tanto, separarse para siempre.

Nubes

Ese verano, vimos las nubes pasar sobre los campos mientras estábamos sentados frente al templo de Unju, ¿recuerdas? Acurrucados, contemplando al Buda que había sido tallado en la superficie plana de la roca. Las sombras de enormes nubes se deslizaban rápidamente, una al lado de la otra, entre la tierra y el cielo.

bombilla incandescente

Su escritorio ha quedado vacío. Sólo está la bombilla incandescente encima, que emite luz y calor.

Todo está en silencio.

Las persianas no están bajadas y ahora que ha pasado la medianoche se pueden ver los faros moviéndose a intervalos esporádicos a lo largo de la carretera principal.

Está sentada ante el escritorio, como alguien que nunca ha conocido el sufrimiento.

No como alguien que acaba de llorar o está a punto de hacerlo.

Como alguien que nunca se ha hecho añicos.

Como si nunca hubiera habido un momento en el que el único consuelo fuera la imposibilidad de vivir para siempre.

noches blancas

Supo de su existencia después de llegar a esta ciudad: una isla habitada en el punto más septentrional de Noruega, donde el sol de verano cuelga en el cielo todo el día, mientras que en invierno esas veinticuatro horas son toda la noche. Se preguntó cómo sería la vida cotidiana en un entorno tan extremo. ¿Es ahora el tiempo que se mide a su alrededor otra noche tan blanca, o es un día negro? El dolor rancio aún no se ha marchitado del todo, el dolor nuevo aún no ha florecido. Los días en los que la oscuridad y la luz son imperfectas se llenan de recuerdos del pasado. Lo único que la mente no puede examinar son los recuerdos del futuro. Frente a ella ahora hay una luz amorfa, parpadeando como un gas de composición desconocida.

isla de luz

En el momento en que subió al escenario, el foco del techo se encendió y su fuerte haz la destacó. Ante eso, todo el espacio que no era el escenario se convirtió en un mar negro. Que hubiera un público sentado allí parecía completamente irreal y se sintió confundida. ¿Bajo al fondo del océano, paso a paso, o me mantengo firme aquí en esta isla de luz?

Escritura negra a través de papel blanco.

Cada vez que buscaba a tientas el camino para recuperar la salud, encontraba que la vida ahora le producía cierto escalofrío. Un sentimiento que sería demasiado débil llamar "resentimiento", demasiado severo para llamarlo "rencor". Como si el que la había estado arropando y besando su frente todas las noches se hubiera vuelto repentinamente contra ella una vez más, expulsándola de la casa hacia el frío, haciéndola dolorosamente consciente de que todas esas sonrisas alegres habían sido sólo en la superficie.

Mirándose al espejo, nunca olvidó que la muerte acechaba detrás de ese rostro. Débil pero tenaz, como una escritura negra que se filtra a través de un papel fino.

Aprender a amar la vida nuevamente es un proceso largo y complicado.

Porque en algún momento inevitablemente me dejarás de lado.
Cuando estoy en mi punto más débil, cuando más necesito ayuda,
Me darás la espalda, fría e irrevocable.
Y eso es algo perfectamente claro para mí.
Y ahora no puedo regresar al tiempo anterior a ese conocimiento.

Dispersión

Antes de que terminara el día, empezó a caer nieve medio derretida.

En un abrir y cerrar de ojos, las calles gris ceniza del casco antiguo quedaron borradas de la blancura. Una blancura que parecía demasiado perfecta para ser real, mostrando las figuras andrajosas que se movían sobre su lienzo, sus capas raídas de horas ordinarias. Como ellos, caminaba sin detenerse. A través de una belleza que desaparecería... ya estaba desapareciendo. En silencio.

a la quietud

Cuando se acerca el día de su partida,
y ella permanece en la oscuridad de esta casa, hay palabras que querrá decirle a su quietud, en la que ya no se le permite habitar dentro.
Cuando la noche que parecía no tener fin termina y la ventana noreste es una muestra de crepúsculo azul profundo,
cuando el cielo se vuelve ultramar y los huesos limpios de los álamos se perfilan lentamente,
habrá algo que quiera decir al silencio, en las primeras horas de la mañana del domingo, cuando los demás habitantes del edificio aún no se han movido.

Por favor, un poquito más así.

Para darle tiempo a que me lave limpio.

Límite

Ella creció dentro de esta historia.

Nació prematuramente, a los siete meses. Su madre, de veintidós años, no estaba en absoluto preparada cuando llegaron las contracciones. La primera helada del año se adelantó. Su madre estaba sola en la casa. El bebé lloró sólo brevemente después de venir al mundo, un sonido débil y vacilante que pronto se apagó. Su madre vistió el pequeño cuerpo ensangrentado con una bata de bebé y la envolvió con cuidado en una colcha acolchada, asegurándose de no asfixiarla. Al principio, cuando el bebé se aferraba al pecho vacío, el instinto le producía una débil succión, pero esto también desapareció pronto. La bebé fue acostada suavemente en la parte más cálida del suelo calentado, pero en ese momento ya no lloraba y sus ojos ya no estaban abiertos. De vez en cuando, su madre tenía un presentimiento y tiraba de una esquina de la colcha, pero los ojos del bebé se abrieron sólo brevemente, se oscurecieron y luego se cerraron. En algún momento, incluso esa escasa respuesta ya no llegó. Y, sin embargo, antes del amanecer, cuando por fin brotó la primera leche de los pechos de su madre y ella apretó el pezón entre sus diminutos labios, descubrió que, a pesar de todo, el bebé aún respiraba. Aunque ya había perdido el conocimiento, el pezón en su boca la animó a tragar suavemente, haciéndose gradualmente más fuerte. Todavía con los ojos cerrados todo el tiempo. Sin saber qué límite estaba cruzando ahora.

Cañaveral

Una mañana, después de una noche de nieve, camina hacia un cañaveral. Ella separa los juncos, cada delgado tallo blanco se dobla bajo el peso de la nieve. El carrizal rodea un pequeño pantano, donde viven una pareja de patos salvajes. En su corazón, donde la delgada capa de hielo se encuentra con el agua tranquila, los patos flotan uno al lado del otro sobre su superficie azul grisácea, con el cuello inclinado para beber.

Antes de darles la espalda, se pregunta: ¿Quieres seguir? ¿Para seguir adelante? ¿Vale la pena?

Hubo un momento en que ella había respondido, temblando, que no.

Ahora camina, reservando cualquier respuesta. Deja ese pantano semicongelado, entre lo lúgubre y lo delicado.

mariposa blanca

Si la vida no se prolongara en línea recta, en algún momento ella podría darse cuenta de haber doblado una curva. Trayendo, tal vez, la comprensión de que ahora no se podía vislumbrar nada de ese pasado si echaba una rápida mirada por encima del hombro. Puede que este camino no esté cubierto de nieve o escarcha, sino de la suave tenacidad de la hierba primaveral de color verde pálido. Una mariposa blanca que avanza tartamudeando podría arrebatarle la mirada y tirar de ella unos pasos más siguiendo el aleteo, como las inquietas palpitaciones de un alma. Sólo entonces podría ser consciente de los árboles circundantes, de su lenta reanimación, como si estuvieran esclavizados por algo, desprendiendo un olor extraño y sofocante, estallando en una proliferación aún más exuberante, en el aire, hacia la luz.

Espíritu

Si los espíritus existieran, pensó, su movimiento sería el correlato invisible del vuelo tembloroso de una mariposa así.

Si fuera así, ¿las almas de esta ciudad a veces se desplazarían hasta el muro donde una vez fueron abatidas a tiros y revolotearían allí durante un tiempo con un movimiento tan silencioso? Pero ella sabía que la gente de esta ciudad no encendía velas y depositaba flores frente a ese muro sólo por el bien de esas almas. Creen que no es ninguna vergüenza haber sido masacrados. Quieren prolongar su dolor el mayor tiempo posible.

Pensó en ciertos incidentes de la historia de su propio país, el país que había dejado para venir aquí, en los muertos que no habían sido suficientemente llorados. Al tratar de imaginar a esas almas siendo elogiadas así, en el corazón mismo de las calles de la ciudad, se dio cuenta de que su país nunca lo había hecho correctamente.

Y, lo que es menos importante, se enteró de lo que había quedado fuera de su propia reconstrucción. Por supuesto, su cuerpo aún no había muerto. Su espíritu todavía tenía carne para albergarlo. Como el resto de una pared de ladrillos en ruinas, que el bombardeo no había logrado destruir por completo, ya que fue trasladada e incorporada a otra estructura, de la que se ha lavado la sangre. Carne que ya no era joven.

Mientras caminaba, imitaba el paso firme de alguien que nunca se ha quebrado. Un paño limpio cubriendo cada lugar descosido. Vivir sin despedidas, sin duelo. Si cree que nunca ha sido destrozada, puede creer que no volverá a estar destrozada.

Y entonces le quedan algunas cosas:

Para dejar de mentir.

Para (abrir los ojos y) quitarle el velo.

Encender una vela por todas las muertes y espíritus que pueda recordar, incluido el suyo.

Arroz crudo y cocido

Camina en busca de arroz para cocinar la cena. Encontrar arroz glutinoso en esta ciudad es más fácil de decir que de hacer. Incluso en un gran supermercado lo más parecido que consigue es arroz español, que se vende en pequeños paquetes de plástico de quinientos gramos. Los granos blancos permanecen quietos en su bolso mientras los lleva a casa. Del cuenco de arroz recién cocido surge un vapor blanco y ella se sienta frente a él como si estuviera rezando. No puede negar que, en ese momento, siente algo dentro de ella. Negarlo es imposible.

3

ALL WHITENESS

모

든

흰

El año después de perder a su primer hijo, tuvo otro parto prematuro. Me dijeron que el bebé, esta vez un niño, pasó incluso menos meses en el útero que la niña y murió poco después de nacer, sin abrir los ojos ni una sola vez. Si esas vidas hubieran superado con seguridad el punto de crisis, mi propio nacimiento, que se produjo tres años después, y el de mi hermano cuatro años después, no se habrían producido. Mi madre no habría vivido con esos recuerdos destrozados en su interior, pasando los dedos con cuidado por sus bordes afilados.

Esta vida necesitaba sólo uno de nosotros para vivirla. Si hubieras vivido más allá de esas primeras horas, yo no estaría viviendo ahora.

Mi vida significa que la tuya es imposible.

Sólo en la brecha entre la oscuridad y la luz, sólo en esa brecha teñida de azul, logramos distinguir los rostros de los demás.

tus ojos

Vi diferente cuando miré con tus ojos. Caminé diferente cuando caminé con tu cuerpo. Quería mostrarte cosas limpias. Antes de la brutalidad, de la tristeza, de la desesperación, de la inmundicia, del dolor, de las cosas limpias que eran sólo para ti, de las cosas limpias sobre todo. Pero no salió como esperaba. Una y otra vez miré tus ojos, como si buscara una forma en un espejo negro y profundo.

Si tan solo hubiéramos vivido en una ciudad en aquel entonces, escuché a mi madre decir varias veces durante mi infancia. Si tan solo una ambulancia pudiera llevarme al hospital. Si tan solo hubieran puesto en una incubadora a esa pequeña torta de arroz que es un bebé. Entonces eran algo nuevo, las incubadoras.

Si tan solo no hubieras dejado de respirar. Y por tanto se me hubiera concedido toda esta vida en mi lugar, yo que entonces nunca habría nacido. Si te hubieran sido concedidos avanzar con firmeza, con tus propios ojos y tu propio cuerpo, de espaldas a ese espejo oscuro.

Sudario

¿Qué hiciste con ella, con el bebé?

La noche que le pregunté esto a mi padre por primera vez, cuando yo casi había superado la adolescencia y él aún no tenía cincuenta años, guardó silencio durante un rato antes de responder.

La envolvió en un sudario blanco, la llevó a la montaña y la enterró.

¿Solo?

Así es. Solo.

El vestido de bebé de la niña se convirtió en un sudario. Sus pañales se convirtieron en un ataúd.

Después de que él se fue a la cama, me detuve en el camino para tomar un trago de agua y enderecé mis hombros rígidos y encorvados. Con la mano presionada contra el esternón, inspiré.

Suerte

Solía pensar en cómo sería si hubiera tenido una hermana mayor. Un onni un palmo más alto que yo. Un onni para transmitir suéteres ligeramente abultados, zapatos de charol con sólo pequeñas marcas de desgaste.

Una onni que se ponía el abrigo e iba a la farmacia cuando nuestra madre estaba enferma. Una onni que se llevaba el dedo a los labios y me regañaba: En silencio, hay que caminar en silencio. Un onni que podía escribir ecuaciones en mi cuaderno de matemáticas. Esto es realmente simple, simplemente lo estás pensando demasiado. Frunciendo el ceño mientras se apresuraba a llegar a la solución.

Un onni que me decía que me sentara cuando tenía una astilla en el pie. Quién acercaría la lámpara y, a su luz, extraería la astilla, con mucho cuidado, con una aguja que había esterilizado en la llama de la cocina de gas.

Un onni que viene cuando estoy acurrucado en la oscuridad. No hace falta, todo es un malentendido. Un abrazo breve e incómodo. Levántate, por el amor de Dios. Ahora comamos. Una mano fría rozando mi cara. Sus hombros se alejaron rápidamente.

Como un montón de palabras esparcidas sobre papel blanco

Mis zapatos negros dejaban huellas en la nieve de primera hora de la mañana, una capa fangosa cubría el pavimento.

Como un montón de palabras esparcidas sobre papel blanco.

Seúl, que había visto por última vez en verano, se había congelado.

Al girarme para mirar detrás de mí, vi que la nieve ya se estaba deslizando para cubrir esas huellas recién hechas.

Blanqueo.

túnicas de luto

Antes de casarse, dos personas entregan ropa a los padres del otro. Ropa de seda para los que aún viven, túnicas de luto de algodón para los difuntos.

Mi hermano llamó para comprobar que iría con él. Esperé hasta que regresaste, nuna.

La mujer con la que se iba a casar había preparado una falda y una chaqueta de algodón blanco, que extendí sobre la roca. En una pradera de pastos altos debajo del templo donde se canta el nombre de nuestra madre después de los sutras de cada mañana. Tan pronto como acerqué el encendedor de mi hermano a la manga, un hilo de humo teñido de azul se elevó en espiral. Después de que la ropa blanca se disuelva en el aire de esta manera, un espíritu la usará. ¿Realmente creemos eso?

Fumar

Mantuvimos los ojos fijos en lo que teníamos delante y la boca bien cerrada. El humo como un par de alas gris ceniza se disolvía en el aire. Desapareciendo. Vi el fuego, habiendo consumido la chaqueta, correr instantáneamente hacia la falda. Cuando las llamas se tragaron la última tira de tela, pensé en ti. Si puedes venir a vernos ahora, hazlo. Ponte esa ropa que el fuego te ha traído, como si te pusieras un par de alas. Bébalo como medicina o té, nuestro silencio, disolviéndose en humo en lugar de palabras.

Silencio

Cuando los largos días finalmente llegan a su fin, se necesita un tiempo para estar en silencio. Como cuando, inconscientemente frente a una estufa, extiendo mis manos rígidas hacia el silencio, con los dedos extendidos en su escaso calor.

Dientes inferiores

La pronunciación de "onni" se parece a la de los "dientes inferiores" de un bebé. Dos dientes diminutos como primeras hojas que habían brotado de las encías de mi hijo.

Ahora mi hijo ha crecido y ya no es un bebé. Después de levantar la colcha para cubrir a ese niño de doce años, escuché atentamente durante un rato su respiración constante antes de regresar a mi escritorio vacío.

De despedida

No mueras. Por el amor de Dios, no mueras.

Abro los labios y murmuro las palabras que escuchaste al abrir tus ojos negros, tú que ignorabas el lenguaje. Presiono con todas mis fuerzas el papel blanco. Creo que no se pueden encontrar mejores palabras de despedida. No mueras. Vivir.

toda blancura

Con tus ojos veré el lugar más profundo y deslumbrante dentro de una col blanca, los preciosos pétalos jóvenes escondidos en su corazón.

Con tus ojos veré salir el frío de la media luna en el día.

En algún momento esos ojos verán un glaciar. Alzarán la vista hacia esa enorme masa de hielo y verán algo sagrado, inmaculado por la vida.

Verán el interior del silencio del bosque de abedules blancos. Dentro de la quietud de la ventana por donde se cuela el sol invernal. Dentro de esos brillantes granos de polvo, meciéndose a lo largo de los rayos de luz que se inclinan hacia el techo.

Dentro de ese blanco, de todas esas cosas blancas, respiraré el último aliento que liberaste.

THE CROWN PUBLISHING GROUP | Penguin Random House

¿Qué sigue en
tu lista de lectura?

¡Descubre tu próxima
gran lectura!

Obtenga selecciones de libros personalizadas y noticias
actualizadas sobre este autor.

Regístrate ahora.